

San José, Costa Rica

30 Junio de 1911

RENOVACIÓN

Año I

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Núm. 12

SOCIOLOGÍA

Táctica obrera

Puesto que se habla constantemente de lucha por la vida, y en la sociedad existen dos grandes entidades antagónicas, ricos y pobres, en guerra constante, unos por la conservación y aumento de sus ventajas, otros en defensa de las esquilmas condiciones de vida que se les deja, bueno será hablar algo de estrategia. Perdóneseme por una vez esta incursión al terreno militar.

Por regla general los luchadores, cada bando por sí, procuran escoger el terreno de la lucha, y sabido es que el que le tiene favorable, frente al que ha debido aceptar forzosamente el que le es contrario, cuenta de antemano con una gran probabilidad de triunfo.

La burguesía, actual monopolizadora del patrimonio universal, se halla parapetada tras la autoridad, posee la riqueza natural y la que producimos los trabajadores, que nos arranca por el llamado derecho de acesión, y cuenta además con la fuerza pública, formada con la juventud proletaria regimentada, armada y adiestrada.

El proletariado, esclavizado siempre y todavía desheredado del patrimonio universal, agobiado por todas las cargas sociales, sistemáticamente reducido á la ignorancia y á la miseria, se halla en campo abierto, indefenso y desar- mado, y sólo cuenta con la idea de su emancipación, que ha de extenderse todavía á muchas inteligencias y con

la mancomunidad ó solidaridad en estado embrionario que planteó La Internacional y que ha prosperado poco á causa de los ataques autoritarios que ha sufrido y de las astutas insidias con que le ha desbaratado ó debilitado el radicalismo político.

Tal es la situación de los dos bandos combatientes.

En tan desiguales condiciones, la burguesía imperante presenta batalla al proletariado en el terreno parlamentario. Muchos trabajadores socialistas y republicanos—desviados por el socialismo, que promete la ilusoria conquista de los poderes públicos, ó por el radicalismo republicano, que promete reformas ineficaces porque deja intacta la cadena de la acesión—la aceptan, esperando cándidamente lograr la formación de aquella legión de diputados obreros y burgueses radicales que por el voto de la mitad más uno de los votantes acuerde la emancipación social de los trabajadores, la imponga al poder ejecutivo y se vea publicada en la *Gaceta*, objetivo final del radicalismo español, recientemente dogmatizado por Lerroux como límite que separa el ideal práctico del utópico.

Esa manera plácida y legal de la conquista del poder, que suele proclamarse en los días de buena luna, es diametralmente opuesta á aquella otra violenta, revolucionaria é impuesta como triunfo de masas rebeldes dirigi-

das por audaces caudillos, que se predica en los días de luna roja; pero en política rige la lógica del absurdo y no ha de hacerse caso de tales contradicciones. Lo cierto es que tan enfascados se hallan socialistas y republicanos en el parlamentarismo, que con él cuentan para su Estado ultrarrevolucionario.

Sería curiosa una estadística electoral por naciones democráticas, clasificadas por las distintas aspiraciones reformistas que inspiraron á los electores, por la lealtad ó la traición de los elegidos y por resultados obtenidos, formada desde la Independencia americana y la Revolución francesa hasta el presente; con ella se mediría con exactitud la cándida ignorancia de los que sufren y la astuta picardía de los que triunfan; pero ya que no esa estadística, tenemos estas sencillas consideraciones lógicas: el poder, en su significación de autoridad, es esencialmente estacionario, con tendencia regresiva casi siempre, nunca progresiva; fundado teóricamente—no más que teóricamente, porque jamás perdió su esencialidad tiránica y arbitraria,—en los tiempos modernos sobre el voto popular, resulta ese voto el abandono inconsciente de aquel derecho inmanente, ilegislable, anterior y superior á toda ley de que antes nos hablaban los demócratas y que hoy reniegan los que poseen y los que se proponen adquirir, cualquiera que sea su denominación política, pasados de hecho al campo de los ricos, desde donde diri-

gen las huestes de los pobres que se dejan dirigir.

Gracias á que en la brega del vivir, por inspiración del pensamiento y del sentimiento humanos y no por espíritu de clase, surgió La Internacional, que unió en línea de conducta y en aspiración ideal á todos los trabajadores del mundo, proclamando que la emancipación de los trabajadores es el fin á que ha de subordinarse todo movimiento político, y que esa emancipación ha de ser obra de los mismos trabajadores, y una idea, todo el mundo lo sabe, es una luz inextinguible que alumbrá la inteligencia á pesar de todos los apagaluces; sirva de demostración y prueba la gran agitación obrera actual en la América republicana burguesa de ambos hemisferios, y la no menos grande de Europa, entre la que descuellá hoy Francia con su lucha entre la Confederación General del Trabajo y el Gobierno radical que preside Briand.

De lo expuesto se deduce que los privilegiados cuentan, para la conservación de sus privilegios y el goce tranquilo del monopolio de la riqueza social, con la fuerza que del proletariado extraen y con la debilidad que con sus desviaciones le causan, y que lo que han de proponerse los trabajadores es el estudio en sus propios centros de la sociología, la unión con sus compañeros exenta de toda jefatura y marcha resuelta y franca hacia la supresión del asalariado por la abolición del derecho de aceción.

ANSELMO LORENZO

PENSAMIENTOS

Cuanto más rico es un hombre, más desinteresado debe mostrarse. Los que se hallan á cubierto de la necesidad deberían dedicarse al servicio de todo el mundo, persiguiendo enérgicamente toda tentativa de espoliación. Por desgracia, nuestra sociedad se halla tan impregnada de la idea de apropiación, que los que ocupan las posiciones sociales más elevadas no se avergüenzan de reducir á la miseria á sus compatriotas para aumentar indefinidamente sus riquezas, su soberbia y su vanidad.

NOVICOW



Me aconsejas que pida una subvención al parlamento. No lo haré. Creo que mi nueva obra no será del agrado de nuestros diputados; pero esta consideración no me hará borrar ni una coma... no me importa el gusto de esos hombres de sentimientos tan mezquinos. Antes que renunciar á esta sinceridad preferiría mendigar toda mi vida. Sin ella, mi obra sería una mentira, y de ese artículo ya se produce de sobra en nuestro país.—IBSEN.

Los cotos cerrados

Rondando la verdad y por fuera de ella, las cosas no son como son, sino como se quiere que sean. Razonar es frecuente gimnasia que deslumbra; filosofar, maravilloso arte que encanta; teorizar, taumaturgia que seduce, alucina, hipnotiza. Y razonando, filosofando y teorizando se alzan suntuosos edificios que la más suave brisa desmorona. Tan frágiles y deleznales son sus fundamentos.

He aquí que los hombres abren surcos en la tierra, colocan en ellos recios mampuestos, levantan sobre éstos sólidos muros. Cada uno cierra su coto. Y comienza la maravillosa obra de arte. Aquí, en caracteres fulgurantes, la palabra *idealismo*. Allá, en férreos signos, la palabra *materialismo*. Por doquier palabras y palabras. Deísmo, panteísmo; aristocracia, democracia; autoridad, libertad; creación, evolución. Hay andamiajes para todos los gustos. Los artífices llevan nombres gloriosos: Platón y Aristóteles; Descartes, Kant y Hegel y Spencer. Descubrámonos reverentes ante tal grandeza.

Ya estamos separados en sectas, escuelas y partidos. Mil bifurcaciones, mil ramas, mil matices más esculpen en la historia otros tantos nombres imperecederos. Cada uno elige su coto y allá nos encerramos con una lógica propia, con una peculiar filosofía, con una tesis que excluye, que disgrega, que separa. El pensamiento queda esclavo de su propia obra.

Sistematizar es labor de ciencia y sistematizando nos cerramos á la ciencia: dogmatizamos. He ahí la razón de todo coto cerrado.

Alegrémonos de que se derrumben los muros, de que se vengán abajo los palacios. Hay arte y belleza y ciencia en todos; ninguno es el arte, ni la belleza, ni la ciencia. Obra de los siglos que fueron y de los que vendrán, jamás estará conclusa.

Mas allí donde se alzare un nuevo andamiaje, donde se abrieren nuevos

surcos y se edificaren nuevos muros, compareced con vuestros picos demolidores y no dejéis piedra sobre piedra. El pensamiento requiere el espacio sin límites, el tiempo sin término, la libertad sin mojones. No puede haber teorías acabadas, sistematizaciones completas, filosofías únicas, porque no hay una verdad absoluta, inmutable; hay verdades y verdades, adquiridas ó por adquirir. Filosofar y razonar es aceptar las unas, investigar las otras. No más. Analicemos, investiguemos, guardándonos de acotar nuestro propio entendimiento. A esta condición, gimnasia, arte y taumaturgia intelectual tienen ancho campo de acción y de expansión.

Y si hallareis en vuestro camino quien intente deteneros ante las magias del ideal ó ante las realidades de la materia ó ante las impulsiones de la pasión, reflexionad andando.

Ideal, sí; aspiraciones nobilísimas del humano intelecto que vuela hacia la Belleza, hacia la Justicia, hacia el Amor, saludadlas con la emoción de lo divinamente humano, grande sobre todas las grandeas.

Materia, sí; realidad objetiva de todo lo que existe, que soporta todo lo pasado, todo lo presente y todo lo venidero; arcano donde la idea fragua el futuro, compendia la naturaleza y forja las leyes de la existencia universal, abrazadla con el amor de sí mismo, de la propia carne y de los propios huesos, de la propia sustancia y de la propia fuerza, que ella es trasunto acabado y definido de lo que no tiene principio ni fin, ni en el tiempo ni en el espacio.

Pasión, sí; flujo poderoso, magnetismo irresistible de la sustancia y de la fuerza; motor grandioso de la acción y de la vida; impulso y atracción, amor y odio; reverenciadla como el alma inagotable de todo lo que es arte y sentimiento, razón é idealidad.

Sin pasión es el hombre bloque barroqueño en la indiferencia de la materia inerte. Sin ideal, es como el cerdo

que chapotea la bazofia que le engorda. Sin materia, vísceras, órganos, arterias, miembros, sería como esas alucinaciones de los vesánicos creadores de espíritus, que forjan realidades allí donde no hay más que delirios.

Soñad cuanto queráis, apasionaos como queráis, pero reflexionad andando, que sois cuerpos reales con órganos y necesidades reales; que la idea es cosa grande, magnífica; el sentimiento cosa bella, óptima; y el estómago una víscera que requiere alimentos, el cerebro un órgano que demanda oleadas de sangre rica, el cuerpo un organismo

maravilloso que se nutre de cereales y carne y también de ideas. Un buen trozo de pan lleva en sus átomos las más geniales creaciones de los Platón, los Aristóteles, los Kant y los Spencer.

Conquistad, pues, el pan y también el ideal: todo en suma, pan para el cuerpo, pan para el alma, pan para el cerebro. Y que los artífices de cotos cerrados se queden en la soledad de sus vetustos palacios.

RICARDO MELLA

Ingeniero y publicista sociólogo español.

Debe y Haber

Los defensores de la propiedad acumulada, que fundan sus pretensiones en el supuesto derecho adquirido por utilidades producidas, olvidan que, aun dentro del criterio burgués, haya que pagar las deudas antes de considerarse propietario de la suma que se posee.

Y el hombre es un eterno deudor. Desde que nace hasta que muere, pesan sobre él obligaciones abrumadoras. A no ser por el derecho natural á la vida, siempre que haga con su trabajo porque este derecho sea una posibilidad; á no ser, sobre todo, por la forzosa generosidad de los muertos que nada reclaman, la bancarrota moral del hombre sería permanente, inevitable. Lo que otros han hecho ó hacen por él excede—considerando, por supuesto, al conjunto de la humanidad—á lo que él pueda hacer por los demás y hasta por sí mismo.

Nadie es hijo de sus obras, por más que afirman lo contrario los aduladores de los que logran acaparar fortunas inmensas despojando á sus semejantes. Y es que el afortunado excluye de su cuenta corriente una infinidad de crecidas cantidades que adeuda á las generaciones pasadas y á la presente, creadoras de los adelantos sin los cuales ni hubiera podido adquirir su for-

tuna ni podría gozar de las ventajas de la civilización.

No es acaparando bienes y privando de ellos á sus semejantes, sino produciendo en la medida de sus fuerzas, como el productor saldará su deuda con los demás productores—no con los parásitos, pues á estos irremediabiles fallidos nada se les debe—. Y cada generación podrá únicamente pagar la deuda contraída con las generaciones pasadas, imponiéndose la obligación de trabajar en beneficio de las venideras.

Esto ocurre en todos los ramos de la actividad humana: agricultura, industria, literatura, arte, ciencia. Mejor que nadie, lo ha demostrado el químico más eminente de nuestra época, Berthelot, en el discurso admirable que pronunció en París ante representantes de las sociedades científicas del mundo entero.

Medítense estas palabras pronunciadas por este sabio insigne:

«Lo que somos, sólo es atribuible en una parte mínima á nuestra labor y á nuestra individualidad; porque casi en totalidad lo debemos á nuestros antepasados, antecesores nuestros por la sangre y el pensamiento, y si cada uno de nosotros añade algo al bien común, en orden de la ciencia, del arte ó de la

moralidad, débese á que una larga serie de generaciones han vivido, trabajado, pensado y sufrido antes que nosotros. Las pacientes labores de nuestros predecesores crearon esta ciencia que honráis en este momento.

«Cualquiera que haya sido nuestra iniciativa individual, cada uno de nosotros debe también atribuir una parte considerable de sus éxitos á los sabios contemporáneos, concurrentes con cada individuo á la gran tarea común.

«En efecto, en los descubrimientos tan brillantes del siglo pasado, decláramoslo altamente, nadie tiene derecho de reivindicar el mérito exclusivo.

«La ciencia es esencialmente una obra colectiva, proseguida durante el curso de los tiempos por el esfuerzo de una multitud de trabajadores de toda

edad, de toda nación, sucediéndose y asociándose en virtud de un acuerdo tácito para la investigación de la verdad pura y para las aplicaciones de esta verdad á la transformación continua de la condición de todos los hombres.»

Y el hombre que así hablaba, era tal vez el menor deudor de nuestra época; por ser uno de los que más han contribuido al progreso de la humanidad, y de los que menos se aprovecharon de sus trabajos. Sabido es que Berthelot, aun habiendo tenido mil ocasiones de ganar sumas cuantiosas con sus grandes descubrimientos científicos, negóse siempre á enriquecerse con la ciencia. Su voto es un voto de calidad.

F. TARRIDA DEL MÁRMOL

PEDAGOGÍA

Los exámenes

Pedro Dorado en su importante artículo «De los exámenes» dice que el examen es un poderoso foco de inmoralidades, no sólo ya en los alumnos mismos sino también en sus padres y madres. La falsía, la mentira, la vanidad, la venalidad, la charlatanería, la pedantería y los tratos ilícitos encuentran en los exámenes un campo muy abonado para su desarrollo.

«En materia de exámenes, dice Dorado, tanto por lo nuevo, como en cualquier otra, el fin justifica los medios y el fin se sabe que es salir adelante con la aprobación ó con la buena nota. ¡Qué de martingalas y engaños se ponen en juego al efecto por parte de todos! Padres perfectamente convencidos de la ignorancia de sus hijos y de que éstos no pueden ni deben racionalmente, lícitamente, aprobar, hacer lo imposible para pedir el *suspense* y hasta por lo que una nota explica á lo de *aprobado* conside-

ran la suspensión como una desgracia, no porque ésta pueda significar incompetencia en el chico, que esto les suele tener sin cuidado, sino porque representa un entorpecimiento para la obtención pronta del diploma y un posible gasto mayor en la carrera. Para prevenir esta contingencia, acuden á toda clase de recursos entre los que se cuenta como más frecuente el de las recomendaciones que pocas veces deja de existir. Rarísimo es el alumno que al examinarse no lleve su correspondiente recomendación ó su carga de ellas: si no sabe nada para que lo aprueben; y si sabe un poquito, para que le den tal ó cual nota que ha menester, con la que tiene que contentar á su mamá ó á su novia por ejemplo ó que ha de servirle para humillar á su rival fulano, ó á la familia de éste, enemiga ó émula de la suya.»

«Porque hay también esto. Los celos de los muchachos por obtener ca-

da uno de ellos, calificación superior á la de sus compañeros, ó á la de tal ó cual de éstos, son muy á menudo provocados por sus padres y demás parientes. Las quejas de notas entre los estudiantes, traducen muchas veces y excitan otras, los enojos y enemistades entre sus familias, las cuales no sufren con paciencia que el escolar de la familia de enfrente obtenga en el examen mejores resultados que el propio. Las recomendaciones he dicho que juegan un gran papel aquí... y quien duda que las recomendaciones envuelven inmoralidad, ya que con ellas si no se ofende á aquel á quien van dirigidas, suponiéndole inclinado porque sí á hacer una injusticia, lo que se busca es inclinar su ánimo á fin de que haga ó permita hacer algo que no debe en favor de la persona recomendada.»

«Pero como la recomendación de por sí ilícita, no siempre es eficaz algunas veces, bastantes veces, se echa mano de otros recursos. No faltan engaños y artes de trapacería, insinuaciones dolorosas, proposiciones que deberían avergonzar á quienes las hace y que no siempre son rechazadas, trapicheos, tratos y componendas de mal género; hasta amenazas y persecuciones. No digo cosas aventuradas ni hablo de memoria, cosas de estas las he visto yo....»

«Pues bien: los padres, parientes, tutores y encargados de los alumnos, después que obtienen para éstos en el examen la nota apetecida, cuidan bien generalmente, de ocultar los procedimientos de que se han servido. Pero no ocultan ni callan la nota, ni dicen tampoco como no sea por modo de falsa modestia, tan común hoy, que la nota ha sido inmerecida. Todo lo contrario, ya saben presentar al muchacho como una notabilidad ó portento, especialmente cuando las notas conseguidas han sido *notable* y *sobresaliente*. Si además le han adjudicado alguna ó algunas matrículas de honor, entonces es cosa de perder la cabeza. Padre é hijo hacen la rueda como los pavos, más que el hijo el padre y la

madre, poniéndose insoportables y vanos. ¡Qué satisfacción tan grande para ostentar, como en espectáculo de feria, un hijo ó acaso varios, que aun siendo tonto, haya llegado á bachiller á los once ó los doce años y á doctor en una ó varias facultades, con *brillantísimo* expediente por añadidura, á los diez y siete ó diez y ocho. ¡Esto sí que es el *non plus ultra!*»

«A los anteriores efectos de inmoralidad causados por los exámenes hay que añadir otros de que aun no hemos hablado nada, y que son de los que con más interés ofrecen, y no sé si diga también mayor gravedad, amplitud y frecuencia. Refiérome á los que se observan en los estudiantes mismos, es decir, en los examinados. Acaso pudiera asegurarse que la vida escolar de éstos, cuando se trata de una vida escolar pendiente de exámenes y sólo de exámenes compuesta, difícilmente puede librarse de la tacha de inmoralidad. Como se ha visto, la enseñanza de los exámenes hace á los alumnos, casi de un modo inevitable, falsos y engañadores. Por huir del trabajo y ganar cuanto antes su título, son capaces de hacer mil trastadas y mil otras cosas á cual más censurable.»

«Tiende á conquistarse la gracia de los profesores que han de examinarlo. Repiten servilmente las lecciones ó explicaciones que le dan éstos, y con frecuencia aparentan hipócritamente que les gustan mucho y que tienen tales doctrinas por muy acertadas, sin perjuicio de reirse luego de ellas y hasta de sus actos mismos cuando éste vuelve la cabeza. Calculan, dado el procedimiento que el profesor sigue en la clase, qué días puede aproximadamente preguntarles á ellos y entonces sólo estudian aquellas lecciones para que el catedrático forme buen concepto de ellos y tener así el aprobado seguro cuando tienen que examinarse á la suerte de bolas ó papeletas, si de antemano supieron las que les iba á tocar, no leerían más que aquellas y luego ostentarían sin remordimiento y hasta con engreído orgullo la nota sacada, y en efecto, como ocurren, y á

mí mismo me han ocurrido en que el examinando se las arregla de modo que engaña al tribunal, llevando en la mano las bolas que previamente ha estudiado y que parece que saca de la urna. Otras veces, sólo estudian los primeros epígrafes de las lecciones, porque con ellos les basta para engañar al examinador, que bien á menudo se *deja engañar* á sabiendas. Ahora para el examen escrito que tienen que hacer, desde pocos años á esta parte, los alumnos libres suelen armar sus combinaciones y arreglos que les permiten copiar á escondidas la lecciones que les salen en suerte, de los libros que llevan á prevención. También de esto puedo citar casos en que he intervenido. Pero ¡cuántos más no ocurrirán, ya por falta de vigilancia en el tribunal, ya porque éste haga la vista gorda, ya por algún otro motivo semejante! Pero todas estas trampas y farsas no son pecado; son cosas bien vistas y corrientes».

Tales son los párrafos del profesor Dorado con respecto á la inmoralidad de los exámenes. Cuando mi compañero, el señor Álvarez, tenga oportunidad de hacer un examen de ciencias físicas ojalá practicara antes un registro minucioso en los alumnos, en sus ropas, en sus manos, en los pupitres, en los puños de la camisa, en la pared, en las reglas, en los secantes y verá fórmulas químicas copiadas en papelititos, en la mesa del pupitre, en el piso, en las manos.

Cuando fuí alumno del Liceo de Costa Rica, tuve ocasión de ver fórmulas químicas, matemáticas, fechas y nombres históricos, copiados en las

uñas de un compañero mío. Sé también de una alumna del Colegio Superior de señoritas, que llevaba en su enagua copiadas todas las fórmulas químicas, fechas históricas y nombres difíciles. He conocido además maestros que de antemano daban á sus discípulos las tesis sobre que iba á versar el examen.

Recuerdo que cuando yo cursaba el cuarto grado de la escuela primaria, en vísperas de un examen, se le persuadió al maestro de lo difícil que era aprender las lecciones de cosas, por la memoria que ese estudio exigía. ¿Qué hizo el maestro? Le designó á cada uno la tesis que iba á sustentar en el examen. Á mí se me designó *La Cebada*. La estudié bien; estuve brillante en el examen, se me calificó con un sobresaliente, á más de la felicitación del Tribunal que en seguida recibí. Yo pregunto ahora: ¿Esto es moral?

Un caballero de esta ciudad que fué alumno del antiguo Colegio de San Agustín, en su primera etapa de 1875 á 1879, me relató el siguiente episodio: Por insinuación de los alumnos ó por *motu proprio* del profesor, éste designó con anterioridad á cada alumno las tesis que debían desarrollar en el examen. Como en ese acto del examen hubiera confusión de parte del profesor al pedir el desarrollo de las tesis le preguntó á un discípulo una que no era la que le correspondía. El discípulo le interrumpió diciéndole: señor me pregunta usted por la lección que le tocó estudiar á mi compañero Emilio Ramírez.

LUIS FELIPE GONZÁLEZ

PENSAMIENTOS

Si el hombre, aun en sociedad, conserva siempre el derecho indestructible de la propiedad que la naturaleza le ha dado (la necesidad), nada ni nadie puede quitárselo; nada ni nadie puede impedirle de ejercerlo; el rico es el único ladrón.—BRISSET.



La humildad es una mentira. ¿Dónde está quien se desprecia á sí mismo? Y si existe un tal desgraciado, ¡maldición sobre él! Es preciso estimarse para ser estimado.

DIDEROT



Según seas, poderoso ó miserable, los jueces te harán inocente ó criminal.—***

PÁGINAS LITERARIAS

Chela

Yo no sabría decir qué raro presentimiento precedió en mi ánimo á la llegada del último correo de mi país.

Seis cartas formaban de esta vez el corimbo de frases cariñosas con que, desde allá, los afectos más puros procuran hacer menos amargo el quebranto de la ausencia. Una á una fueron cayendo en mi corazón las delicadas flores de aquel benéfico ramillete cuyo aroma he aspirado con ansiosa inquietud: el ruego conmovedor de mi madre que reclama mi retorno al hogar; la súplica instante de Luisa que me llama á su lado con acento pasional; la voz robusta y vibrante de «Billo», el compañero incomparable que me dice: «No te abandone la esperanza; que el valor no te falte», y el fraternal acento de dos ó tres amigos más que me hablan en el plácido rumor de su cariño de las horas más hermosas de mi vida.

De tan amable concierto he sentido desprenderse una nota sorda que me ha llenado de pesadumbre: «Cuando vuelvas á Costa Rica, me dicen, ya no encontrarás á Chela, murió antier...»

* * *

Como sus hermanitos no acertaban á articular su nombre en forma—Graciela—optaron por decirle sencillamente «Chela», y así la llamábamos todos.

Contaba no sé si ocho ó nueve años; en sus ojos vagaba un verde inexacto y muy gracioso; las orejillas, cogidas entre la miel ensortijada de unos cabellos rubios, parecían dos «chinas» color rosa, recién cortadas del jardín y colocadas simétricamente bajo las sienes; de ordinario usaba traje de gasa lila que le venía muy bien.

La ví por primera vez en el jardín de su casa, por el barrio Amón, en una mañana de diciembre, hará un año. Estaba acurrucada, en actitud de atibó, junto á una cepa de pacayas.

—Estoy esperando á que llegue el viento, le voy á dar un pinchazo con este alfiler; quédate y verás como le hago gemir.

—Pero, tú ves el viento?

—Verlo, no, pero lo siento y lo oigo.

—Y cómo crees que sea?

—Me parece que debe tener una cara horrible, como la de aquel policial que me amenaza con su látigo cuando subo al zacate en los parques de Morazán; y es muy cruel, figúrate que tumba los ramos de claveles y las gladiolas, deshace las rosas, despedaza los niditos de los pájaros y hecha polvo sobre las personas. Yo no le quiero y por eso le hago daño, á ver si no vuelve.

A poco pasó una racha silbando por entre las pacayas.

—Ves?, va quejándose, debo haberlo pinchado algo fuerte.

Durante el día costaba sustraerla al rincón del corredor en que se hallaba un enorme filtro de granito.

St! St!, hacía llevándose el índice á los labios, no me interrumpas, estoy oyendo conversar las gotas de agua, conversan cantando, escucha: din... don... din... entiendes? Si tuviéramos unos cuantos filtros esto sería una orquesta! St...

Ahora, Chela descansa ya en el cariñoso regazo de la tierra.

Su gentil fisonomía se alza hermosamente en mi pensamiento para comoverlo una vez más, para decirme que fué ella quien puso en mi corazón una de las emociones más intensas y más fuertes, de esas que hacen pensar mucho y sentir más.

Os voy á referir el caso.

Instigados por la grito infernal de sus camaradas, dos escolares se dispusieron á trabar riña á la salida de clases, eligiendo para desarrollar sus bélicos empeños el antro que oculta el Puente de la Fábrica, en la Avenida

de las Damas, frente al Edificio Metálico de San José.

Puestos en guardia, ambos contendientes rompieron las hostilidades á bofetadas y con igual brío.

—Voy á Fuentes!

—Voy á Villanea!

—Yo á Fuentes!

—Un zurdazo, Fuentes, de revés, bien dado! Así!

—Por la crisma, Roberto, dale en la crisma!

La Lidia crecía en coraje, ambos contendientes adquirían mayor fiereza á cada nueva exclamación de los espectadores, los que resonaban como alaridos espantosos en la semioscuridad del antro.

De pronto, se sintió un contraste, un rayo de luz iluminó aquella penumbra y una voz muy dulce aleteó suavemente por encima del torneo.

—Os véis muy feos riñendo así! Conocéis á Nerón, el perro de «La Mascota»? Pues os parecéis á él y también á Roque, el vecino de mi casa que se

embriaga cada sábado, el papá de Elisa. A ver, quedad amigos como Elisa y yo, y os querré á los dos, y os daré una violeta blanca á cada uno. Os gustan las violetas blancas? Pues, tomad...

El verde inexacto de los ojos de Chela cayó sobre el grupo como una revelación encantadora. Cuando abandonó aquel sitio, quince miradas vivas, seducidas, lamieron á un tiempo la miel ensortijada de los cabellos rubios que se alejaban hacia el Barrio Amón. En seguida el grupo de granujas se dispersó en la plazoleta de la casa de escuelas, como un enjambre de alegres mariposas.

Ahora, Chela descansa ya en el cariñoso regazo de la tierra. Como homenaje á su memoria, mi pluma deposita sobre la tumba de la encantadora niña esta otra violeta blanca. La he tomado del arca que perfuman mis recuerdos.

RUBÉN COTO

Visita á los muertos

(De Stephen Mac Say)

El pensamiento de Stephen Mac Say vino de lejos á unirse al mío por que el mío ansioso lo esperaba y juntos, dulcemente abrazados, se fueron al jardín de las hondas visiones. Llegó hasta allá la mariposa azul de un anhelo. Y antes de partir la meditación les dió á beber esencias de ensueño.

Así como los rayos del sol que inciden sobre la pulida haz de un lente encienden un papel de seda que bajo él coloquemos en determinado lugar, así las ondulaciones del pensamiento, —rayos del sol Universo,—que en la superficie de un vehemente deseo se unan, por obra de consciente amor, iluminan de proféticos esplendores las visiones que al otro lado de ese deseo, en, cierto lugar, coloque la imaginación.

Fueron las sonrisas tristes de una rosa enferma, recogida al pasar, del

suelo gris, quienes los invitaron á encaminarse en íntima comunión de ansiedades, bajo el palio de febricitante emoción, hacia el lejano cementerio de los neuróticos donde el prestigio ancestral de los Titanes entre el callado olvido de las tumbas reposa. Fue una peregrinación sutil, como de acordes.

Llegaron á reavivar las ya tardías vibraciones de una vida engastada en el ágata de la inercia, de una misteriosa vida—muerta que sólo exista allá donde se ha extinguido la armonía.

Y encontraron allí, sumidos en cisternas de olvido, á los dioses caídos que el mundo en una hora veneró, sin otro cortejo que los postreros tristes fervores y los últimos penosos ayes. Oyeron los invisibles peregrinos el canto fecundo de la nada que surgía como una niebla por entre los mármoles derruidos y se utilizaba á través de una atmósfera de nostalgias y recuerdos.

Vieron á los verdugos hacinados como troncos heridos por el odio amargo del tiempo y pudieron percibir, muy distante, el eco tembloroso de una naciente canción de victoria entonada acaso por las víctimas libres. Conocieron las grutas de esmeralda en que muchos siglos antes pulsaban sus cítaras las corrientes del infortunio, y por largo trecho siguieron su cauce agotado.

Y han venido por fin, tras extraña exploración, uncidos de ceniza luminosa que cuentan fué recogida en las viejas retortas del gran Eliphaz Leví, á decirle á los hombres que viajar por esas remotas tierras es como entrar en

el alma de la vida porque se aprende algo que tiene la delicia sublime del éxtasis, porque se aprende á decir á cuantos piden un consejo ó quieren un consuelo: hijo del hombre, sigue adelante, que bajo tus pasos se convertirán en margaritas las iras de los cardos que hieren tus plantas. Prohibido le fué á la mujer de Lot tornar hacia atrás la mirada, también te está prohibido á tí, bajo de pena de que no llegues nunca á oír la lira del Bien y hayas de convertirte para siempre en pobre estatua de miseria. ¡Sigue adelante! Y que el Deseo desgrane á tus pasos las sonrisas de la nueva vida!

OMAR DENGO

CRÓNICAS SOCIALES

La confesión

De todas las infamias cometidas por las religiones, antiguas y modernas, ninguna iguala á la confesión, establecida por la Iglesia católica. ¿En qué cabeza bien organizada cabe el absurdo de que un hombre pueda absolver á otro de los crímenes que éste haya cometido contra su prójimo y contra su Creador? El ofendido es el que ha de perdonar y no un supuesto apoderado.

En los primeros siglos de la Iglesia no existió confesión auricular; fué inventada cuando el Catolicismo quiso dominar social y políticamente. Por este medio la jerarquía eclesiástica sabe lo que pasa en el seno de la familia, donde ningún intruso se atreve á penetrar; el confesor se introduce en lo sagrado del lecho nupcial, en el de la virgen inocente, y va aun más allá; penetra en el pensamiento que atraviesa por la mente. Exige que el pecador arrodillado á sus pies, le muestre abierto de par en par el corazón, que le deje registrar su memoria, no importa que el penitente sea un hombre, una mujer virtuosa ó una niña inexperta. Para aquel hombre que se sien-

ta en el *Santo Tribunal de la Penitencia*, en representación de Dios, no hay nada sagrado; todo lo ha de palpar con su torpe mano, temblorosa tal vez por efectos de la crápula; todo lo ha de empañar con su aliento, saturado muchas veces con los vapores de la orgía.

¿Hay algo que más degrade á un hombre que arrodillarse á los pies de otro? ¿Hay algo más profano que examinar el pensamiento que cruza más rápido que el relámpago por la mente de la niña inocente? ¿Hay alguna pretensión más sacrílega que pretender un hombre, corrompido y desmoralizado en muchos casos, colocarse en lugar de Dios y pretender perdonar las ofensas á Éste y á los hombres? Si la Eterna Justicia delegara en un clérigo la facultad de perdonar nuestras faltas, la despreciaríamos.

Cada hombre está en comunicación tan directa con Dios como el Papa. El que se mete entre la criatura y el Creador es un intruso, que humilla al hombre y ofende á la Divinidad. Los mismos que se confiesan no facultan á nadie para recibir por ellos satisfacciones de los que les han ofendido.

¿Cómo pudiera hacerlo un Dios-Justicia?

La confesión es inmoral, degradante, sacrílega. Si los gobiernos obraran con sentido común, exigirían á esos supuestos apoderados de Dios las correspondientes credenciales; poderes que tuvieran valor en un tribunal de justicia. Y como ninguno de esos impositores es capaz de presentar la más mínima prueba, el gobernante está en el deber de prohibir á estos industriales el ejercicio de su ofensiva profesión.

Muchos padres y muchos maridos creen que la confesión es buena para las mujeres. ¡Qué error tan perjudicial! ¡Cuántas jóvenes no han perdido su inocencia oyendo las preguntas del confesor acerca de pecados cuya existencia ignoraban! Una de esas jóvenes puede tener un pensamiento liviano, un deseo impuro, una pasajera tentación. Al confesarse ha de revelar ese secreto á un hombre soltero y para esto es preciso que pierda el pudor, virtud natural de la mujer, que inspiró la idea del ángel. ¿Qué marido consentiría que su esposa contara á otro hombre los secretos del lecho nupcial? ¿Que se metiera entre él y ella?

El clérigo tiene por su estado célibe y por su vida regalada, más desarrollada que otro cualquiera la pasión de la lujuria. Por el confesionario sabe las tentaciones de la penitente; conoce la que ha delinquido y la que está más expuesta á delinquir. Las probabilidades son de que ese hombre seducirá á esas mujeres, ó á lo menos, lo intentará. El les sabe sus secretos; ellas mismas se los han confesado; el pudor ha dejado de existir entre el confesor y la mujer; en cualquier parte pueden, estando solos, hablar con la misma franqueza, ó desverguenza, que en el confesionario. ¿Por qué no ha de intentar él satisfacer su pasión y cómo ha de negarse ella al que sabe sus faltas, sus tentaciones y sus caídas?

¡Oh! Si se pudiera averiguar el número de las mujeres que han perdido su inocencia y su pudor en el confesionario, y el número de las que han

sido seducidas por sus confesores, los padres, los maridos y todos los hombres honrados, reducirían inmediatamente á cenizas esos manantiales de inmoralidad que llaman *confesionarios*.

Y no decimos esto porque supongamos á los clérigos peores que otros hombres cualesquiera. Si uno intercepta la carta en que una joven da cita para su cuarto á un amante, ó sorprende á una casada en paraje sospechoso con un querido, lo probable es que el hombre abuse de la ventaja que le proporciona el conocimiento del secreto, y que ella acceda por tal de que no la descubra.

El clérigo sabe todos esos secretos y con los más minuciosos pormenores. Si se vale de ellos para conseguir sus fines, la culpa no es de él sino de la inmoral práctica religiosa.

El que haya vivido entre clérigos y haya tenido confianza con mujeres que se confiesan, sabe muy bien que nada exageramos.

La creencia de que un clérigo puede perdonar todos los pecados «aunque éstos sean más numerosos que las estrellas del cielo y las arenas del mar», es lo más desmoralizador que se conoce. Equivale á licenciar el crimen. Y esta es la causa porque en los países católicos hay tanta desmoralización. El acto de contrición es una mentira. Personas hay que se confiesan todas las semanas. Esto prueba que el arrepentimiento fué momentáneo.

Digámosle bien claro al hombre que sólo Dios y su prójimo pueden perdonarle las ofensas que les haga; hagámosle ver que toda transgresión ha de ser reparada y todo crimen castigado, y que ningún tercero puede perdonar.

Cuando el hombre se convenza de que sus culpas no se perdonan con decirselas á otro y arrepentirse de ellas; cuando sepa que todo esto no le vale nada y que es necesario pague sus transgresiones, entonces refrenará sus malos instintos.

La Iglesia católica enseña que sin la confesión no pueden perdonarse los pecados; esto es, que sólo ella tiene las llaves del Cielo. De aquí se deduce

que la gran mayoría de la humanidad se condena; que se condenaron todos los que vivieron antes de que se inventase la confesión; todos los que pertenecen á otras religiones y aun una gran parte de los que viven en países católicos, porque solamente los ignorantes se confiesan.

¡Habrás visto mayor absurdo!

Si esa risible é insultante confesión era necesaria para el perdón de los pecados ¿por qué no se lo dijo Dios clara y terminantemente á cada uno de los hombres?

La misma Iglesia católica se ve forzada á confesar que á falta de sacerdote basta un acto de contrición. ¿Y de dónde consta que este no sea suficiente siempre? ¿En qué parte dijo Dios

que teniendo á mano un clérigo no bastaba la contrición?

El absurdo católico se demuestra más claramente, si cabe, con un caso que sucede con frecuencia. Un hombre honrado es asesinado tan repentinamente que ni él lo sabe. Ha cometido un pecado mortal que no confesó á un clérigo, y va al infierno por toda la eternidad. Al ver el asesino que el asesinato le cuesta la vida, está por demás decir que se arrepiente sinceramente del hecho. Este hombre va al Paraíso á gozar eternamente de todas las bienaventuranzas.

Tal es la doctrina católica.

RAMÓN VERA

(De *La Religión Universal*).

La propiedad

Todo casero, todo el que alquila casas para que otro viva en ellas, ejerce una usura odiosa.

Yo no diré que el que alquila casas para que otros vivan en ellas, tenga intención de desvalijar al prójimo, ni crea que cometa acto ilícito alguno, lo que aseguro es que el que eso hace, consciente ó inconscientemente, se apodera de lo ajeno mediante una verdadera violencia.

—Es que yo he gastado en construir mi casa, con tantos y cuantos pisos de alquiler, todos mis ahorros.

—Pues recupéralos en buena hora.

—Es que además he invertido en esa construcción trabajo y me he sujetado, para ver mi deseo satisfecho, á mil privaciones.

—Pues indemnízate de esos sacrificios, percibe el premio que merezca tu trabajo; pero nada más. Mi chaqueta me ha costado seis duros ¿qué dirías si te la prestase á razón de un duro cada mes y á los diez y ocho meses, cuando te hubiera cobrado tres veces su valor, te la quitara y me quedara con ella y con los diez y ocho duros? No me contestes, lo adivino; llegarías conmigo al insulto. Pues bien, eso haces tú con tu casa.

—Es que una casa no es como un objeto mueble, como una prenda de vestir.

—No, ya lo sé. Mi comparación te favorece demasiado. Una prenda de vestir puede hallar fácil sustitución, no es tan indispensable como vivir bajo techo. Los hombres antes de llevar chaquetas, ni levitas, ni blusas, se han cubierto perfectamente con otras muchas cosas. De lo que no han podido carecer jamás es de un pedazo de tierra en que hacerse como las fieras su guarida, un escondrijo en que cobijarse, una choza en que defenderse de la intemperie. Desnudos han ido á veces. Sin tierra en que sustentarse, jamás han vivido. La propiedad de la tierra no puede ser sino muy condicional. Pagar eternamente por vivir bajo techo, es el colmo de la usura, es el *delirium* del robo. Espántate lo que quieras; yo no puedo desconocer mi derecho á la vida, y en él está comprendido el de la tierra necesaria para levantar sobre cuatro palitroques mi *tienda de peregrino* de la vida. Tenga en buena hora, si quieres, suntuosos palacios el rico, que la tierra es grande y cabe en ella hasta el ambicioso; limita mi derecho prudentemente en bene-

ficio de tu orden social y hasta de la bella apariencia de tus modernas ciudades, pero no me niegues un derecho anterior á tus ciudades, á tu sociedad y á tí mismo.

—Estás loco, pides un imposible; jamás se realizará lo que deseas. ¿Y tú eres político? ¿Y tú pretendes que te siga la opinión? Según tu donosa teoría, debería decretarse la expoliación más infuca. No tengo más que la casa que exploto. Moriríamos mis hijos y yo en la miseria.

—No pretendo nada de lo que me atribuyes. Me tengo por sano de juicio, y creo factible, sin perjuicio tuyo ni de nadie, el restablecimiento del derecho.

—¿Cómo realizarías tal milagro?

—Declararía el derecho de toda familia á un hogar de capacidad mínima determinada. El hogar sería para mí sagrado. Toda propiedad inscrita en el correspondiente registro como hogar, estaría exenta de cargas fiscales, y sería inembargable é intransmisible por arriendo, ni por sus derivados, ni por venta. Un hogar sólo podría ser canjeado por otro hogar. No permitiría sobre él ni el censo, ni la hipoteca, ni carga, ni transacción alguna, excepto la ya expresada de la permuta. Nadie podría poseer más de un hogar.

—¿Y sería eso posible en la forma actual de los predios, divididos y alquilados por pisos?

—Lee el Código Civil, y hallarás á satisfacción resuelta esa duda.

—¿Y los hogares que pasasen de la capacidad mínima?

—Estarían en el exceso sujetos á la ley común.

—Algo de eso existe ya en otros países.

—Sí, en Inglaterra mismo existe el *Home-steat*.

—Pero con eso no se habría realizado todo tu plan.

—No, eso me serviría para establecer el principio y favorecer la pequeña propiedad. ¡Cuántos sin ánimo de lucro no se construyen una vivienda por temor á las mil contingencias á que podrían verla expuesta! Descenderían desde luego el número de alquilados. Descendería también el precio de los alquileres, pues sería aspiración más asequible llegar en inmejorables condiciones á propietario de su hogar. Pero no me detendría ahí: estimularía á los propietarios á que transformasen el precio de arrendamiento en pago de renta y agregaría en los presupuestos municipales una partida con adquisición de fines con destino á hogares que serían transmitidos con tal condición á los que quisieran adquirirlos, aunque hubiesen de pagarlos á plazos de cortas cantidades. Como nadie podría poseer más de un hogar, los hogares vacantes por extinción de una familia volverían al común, que podría adjudicarlos á quienes careciesen de él, bien á título de premio, anticipadamente establecido, bien con las condiciones corrientes. ¿Crees que en pocos años no habría conseguido transformar la mayor parte de la propiedad urbana?

—Tal vez tengas razón. El Estado sería el único que saldría con tu teoría perdiendo. Disminuiría mucho el ingreso por contribución territorial.

—Aumentaría por otros conceptos, porque siendo mayores las utilidades, mayor sería el bienestar de todos y menos pesada toda carga justa.

F. PI Y ARSUAGA

Tribuna para los Trabajadores

El triunfo del maestro

Nos veíamos todas las tardes. Nos parecía muy propicia para estudiar la hora en que diariamente muere el sol sin morir nunca, y á esa hora nos reu-

niamos en su pieza. Con una puerta hacia la calle, la piccita toda sonreía á las caricias del sol. Sus paredes todas blancas—recién encaladas—eran como

hechas de pétalos de azucena. En un rincón, su cama, á un lado, un cofre donde guardaba su ropa, y en frente, como dominando la habitación, una mesa grande, limpia, en el centro de la cual se erguía un florero, cuyas flores—como el sol—estaban muriendo ya. La fatiga del día doblaba sus corolas. Allí, en esa mesa, mi compañero y yo estudiábamos, para lo cual nos servíamos de unos cuantos libros que un estante lucía, á manera de una dentadura incompleta. Casi todos ellos eran viejos y medio descuadernados. En el forro ó en la primera página ostentaban distintos nombres y fechas. Mi compañero y yo los habíamos comprado en una venta de segunda mano. Eramos maestros. Teníamos cariño por la carrera á la cual servíamos y estudiábamos cuanto nos era posible—leyendo y escribiendo—para sus traernos al medio ambiente en que vivíamos,—egoísta é ignorante—y para saber algo más, porque estábamos convencidos que cada conocimiento que se adquiere, es un pie que se asciende para distinguir desde allí un horizonte más amplio y poseer un radio de acción más extenso.

Aquella tarde lo encontré más alegre que otras. Su natural adusto y agrio, estaba cambiado. Alguna alegría está revoloteando en la floresta de su alma—pensé.—Nos sentamos.

Hoy—me dijo mi amigo—he sido feliz unos momentos.

Y qué—le interrumpí.—De seguro te escribió tu madre. O tu novia...

—No, no aciertas. Pocas satisfacciones se sienten tan hondo y halagan tanto, como cuando nuestras ansias, cuando nuestros anhelos toman forma en otros cerebros y se asientan en otros corazones. Hablaba hoy en clase á mis discípulos de las guerras en Grecia, cuando los persas y Leonidas, y les pintaba los horrores de esas batallas, cuando de pronto, uno que tiene unos ojos hondos en una cara de hambre, uno que se queda pensativo lar-

gos ratos cuando les leo trozos literarios bonitos, se incorporó en su asiento y avivando sus grandes ojos tristes—color de mar—me dijo: «Pero, maestro: el que mata en una guerra á otro hombre, no es tan criminal, y más criminal que el que acecha—temeroso y casi arrepentido—en una encrucijada del camino, á un acaudalado y le mata para quitarle un dinero que necesita para sus hijos, porque el patrón le dejó sin trabajo? No lo es más cuando aquél (el del combate) lo hace fríamente, y éste, impulsado por el hambre y la desesperación? Decídmelo!»...

Oh! qué momento. Entonces me enorgullecí de ser maestro. Y le dije: tienes razón, hijo mío. Sí, hijo mío, más que uno que lo fuera de mi sangre, porque tú eres hijo mío en ideales y en sentimientos.

Y me siguió diciendo el niño de los ojazos dormidos: «porque aunque un gobierno enfrente un batallón á otro batallón, qué gobierno puede disponer de la vida ajena para malograrla tan infelizmente? Y qué poder tendrán los caciques cuando el pueblo no quiera concedérselo? El gobierno es creado por el pueblo y vivirá por lo tanto hasta que él lo quiera sostener». Así concluyó el discípulo. Es, por todo eso, que me sentí hoy feliz unos momentos.

Sí—le dije—en medio de esta vida infeliz que arrastramos los maestros, contra todo y contra todos, esa es una de las pocas satisfacciones que pueden halagarnos.

La única—me dijo—mal mirados por los gobiernos y por las sociedades, sin más perspectiva que una vejez infeliz, la única satisfacción, el único trofeo en nuestra lucha, es el florecimiento de nuestros ideales en los corazones de nuestros discípulos, nuestra simiente en los cercados ajenos.

Después me dijo: quieres que leamos? Y como yo asintiera, tomó un libro de Zola, *Verdad*, y se puso á leer.

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO



En preparación un número homenaje dedicado á F. Ferrer.

A modo de crónica

Las leyes profesionales.—Emilio Guarini, actualmente Profesor de Mecánica Industrial de la Escuela de Artes y Oficios del Perú, ha publicado en la *Revue Scientifique* una serie de concienzudos artículos, de erudición honda, sobre la legislación profesional de los diferentes países. Tomemos de aquí y de allá algunos renglones.

Mi larga permanencia en tantos países diversos me ha permitido ver de cerca la influencia bienhechora que ejerce la libertad de trabajo sobre el desarrollo industrial.

El régimen del proteccionismo es incontestablemente un régimen nefasto: va contra las leyes naturales, tiende á invertir el orden normal de las cosas, no es sino la consecuencia del ilogismo de la organización social actual y debe ser evitado siempre que sea posible.

Suponed las naciones unificadas; todos los pueblos de la tierra aliados en un sentimiento de fraternidad universal; borrados los antagonismos de razas; olvidadas las fronteras; los hombres iguales, conscientes de sus deberes hacia sí mismos y hacia sus semejantes, y cada uno cumpliendo la tarea para la cual ha sido designado por sus aptitudes y sus fuerzas: ¿En qué quedaría el proteccionismo?

¿Qué razón existe para oponerse en una región á la introducción de los productos de otra región cualquiera, si en cada punto del globo se hace lo que el clima y las condiciones geográficas, económicas, etc. favorecen más?

En las circunstancias presentes se procede de otra manera, porque las poblaciones están divididas y agrupadas en Estados que se conducen, los unos relativamente á los otros, de un modo que nadie aprobaría en los individuos.

Partiendo del principio de que cada país debe procurar bastarse á sí mismo, las naciones se esfuerzan por mantener industrias que no podrían normalmente vivir en ellas. De ahí la protección, cuya base consiste, pura y simplemente, en hacer pagar más caro de

lo justo, á la generalidad de los consumidores, el producto del trabajo de una parte de ellos.

El proteccionismo es, exclusivamente, una necesidad política. Es un mal terrible que los Estados conservan á expensas de sus súbditos.

Sus efectos desastrosos, moderados algunos años, gracias á la vigilancia de Colbert ¿no pusieron á Francia en un estado de miseria extrema, del cual nació la revolución de 1789?

Cualesquiera que sean la buena fe y la buena voluntad que las inspiren, las medidas de protección resultan siempre desfavorables, particularmente cuando se trata de países nuevos. Éstos tienen que soportar todos los inconvenientes del proteccionismo, sin recoger siquiera el beneficio ilusorio que lo hace aceptar en algunos Estados viejos.

Las cosas son idénticas, trátese de proteccionismo material ó de proteccionismo intelectual, esto es claro.

Por el bien de todos, la protección del diploma ó, en términos más generales, la reglamentación profesional, debese evitada hasta donde sea posible.

Cualquiera que sea el punto de vista en que uno se coloque, las leyes profesionales son ante todo, en el fondo, leyes proteccionistas y, como tales, hacen más mal que bien.

Sea cual fuere la profesión que se considere, su ejercicio debería ser absolutamente libre. Al hombre hay que juzgarlo por los actos y por el mérito de que da prueba y no por el diploma que haya logrado arrancar.

Los que son realmente dignos de un diploma son precisamente los que no necesitan de protección artificial.

Ningún diploma puede significar serias garantías de aptitud de parte del graduado. Un diploma constituye á lo sumo una simple presunción. Jamás puede ser considerado como prueba de espíritu práctico ó de buen juicio ó siquiera de inteligencia.

¿Se cree acaso que las leyes proteccionistas profesionales pueden servir

para elevar la mentalidad de los jóvenes especialistas ó mejorar sus aptitudes? ¡Grosero error! Un sistema de privilegios, que asegure beneficios ciertos ¿cómo puede producir algo que no sea la rebaja del celo de todos y, consiguientemente, el reforzamiento de las defectuosidades intelectuales?

La libertad es—¿quién no lo proclamará?—el factor primordial del progreso, la libertad con la competencia que de ella deriva.

Como dice Morisseaux, en su notable obra sobre la legislación del trabajo, «ninguna ley puede impedir que este individuo sea hábil y aquel torpe, que este sea activo y aquel indolente, y urge asegurar á todas las aptitudes la posibilidad de manifestarse.»

De una circular del Rey de Prusia (26 dic. 1808), tomo el pasaje siguiente:

«Sin salir del terreno de la legalidad, hay que permitir á cada uno el libre desarrollo y empleo de sus aptitudes y de sus fuerzas. *El aumento del bienestar general no se obtiene sino por obra de la libertad más completa.*»

Con tal espíritu ha sido redactada la legislación económica alemana. Apesar de las instancias de diversas asociaciones retrógradas, el Gobierno se ha pronunciado, por regla general, siempre en contra de las pruebas de capacidad.

Algo de parecido se descubre en todos los países de gran desenvolvimiento científico, industrial y comercial.

El cuadro inverso nos lo ofrecen Rusia y China, ésta sobre todo, en donde no hay grado de la jerarquía social que no se obtenga mediante exámenes y concursos.

«El papel de la ley, escribía con nobleza, hace algunos años, E. Harman, ¿será, con pretexto de guiar la sociedad, la restricción de la libertad del individuo ó la preparación del advenimiento del reino del Estado-Dios, del Estado-Providencia, que todo lo arregla y lo dispone todo?»

«No.

«La ley social y económica debe, al contrario, ensanchar el círculo de acción del individuo, estimular su iniciativa y abrirle vías nuevas

que pueda él recorrer libremente...»

Neo-vitalismo.—Para interpretar los fenómenos que se observan en los seres vivos, plantas ó animales, hay biólogos que recurren á la hipótesis de la existencia en dichos seres de *algo* diverso de cuanto podemos estudiar fuera de ellos. Ese algo ha sido denominado *fuerza vital*, *fuerza de dirección*, etc., y dichos biólogos son llamados *vitalistas*. Arruinado el crédito del vitalismo en virtud del prodigioso desarrollo de la biología entre 1840 y 1870, le hemos visto renacer luego mejor armado y defendido por sabios tales como H. Grasset, E. de Cyon y A. Dastre. No podemos disimular ahora el placer con que notamos, de tres años para acá, el amortiguamiento del flujo de aquella hipótesis. E. Gley, profesor en el Colegio de Francia y miembro de la Academia de Medicina de París, termina de la manera siguiente su conferencia del 6 de febrero, en el Instituto General Psicológico:

«...Tales son los puntos débiles de los 3 argumentos principales invocados por los neovitalistas. Por eso no puedo menos de recordar á los biólogos y á los filósofos, que no las conozcan ó que las hayan olvidado, las palabras de un ilustre fisiólogo, Em. Dubois Reymond: «La teleología y el vitalismo, tan viejos como la humanidad, vivirán tanto como ella, bajo una forma ú otra. Que cada uno siga su camino; pero que los partidarios de las causas finales no se imaginen, como de costumbre, que ellos dan la mejor solución ó una solución cualquiera del problema, recurriendo á intervenciones sobrenaturales, de cualquier especie que sean.»

«...¿El pensamiento del Padre Secchi no está más de acuerdo con lo que sabemos hoy de la vida, que esas interpretaciones neovitalistas? «Si se pretende, decía el, que en el animal vivo hay una fuerza de vitalidad, una fuente de fuerza independiente de la acción molecular ordinaria, y que en él reside una química diferente de la química de los cuerpos inorgánicos, se va contra la verdad.»